

Presentación de las distinguidas con “El Sambenito”

Hoy, en este día de gratitud y reconocimiento, la comunidad de Santa Marina de Cañaveral alza su voz y su corazón para distinguir con la medalla de honor llamada “El Sambenito” —que aquí, lejos de antiguos prejuicios, es signo de gloria y de servicio— a cuatro mujeres extraordinarias, guardianas del templo, centinelas de lo sagrado, siervas fieles de la liturgia y del pueblo.

Piedad, cuyo nombre ya dice mucho, es memoria viva del altar. Nada le pasa desapercibido: si falta un cirio, si se extravía una casulla, si el mantel debe ser cambiado o si los paños del altar piden renovarse. Sus manos conocen cada rincón de la sacristía, su alma conoce cada rincón del corazón de esta parroquia. Es ella quien toca las campanas con una dignidad ancestral, convocando a los vivos a la fe y despidiendo a los difuntos con la gravedad del amor. Coordina con elegancia la limpieza del templo, orchestra el adorno floral como quien arregla el jardín del Señor, y deja en cada ropa litúrgica el perfume invisible del amor. Ella es orden, belleza y ternura maternal al servicio del Misterio.

Guadalupe, la más joven, es fuerza alegre, dinamismo al servicio de Dios. Siempre atenta, siempre dispuesta, tiene la gracia de quien hace sin que se lo pidan, de quien sabe leer las intenciones del sacerdote antes de que se pronuncien. Ella prende las luces del templo y también las del alma. Abre puertas, enciende velas, lleva el hisopo con respeto y decisión en los entierros, y sostiene el libro de la Sede como quien ofrece un tesoro. Su esposo, generoso en su comprensión, merece también un lugar en esta gratitud compartida. Porque quien acompaña a quien sirve, sirve también.

Araceli es el silencio fecundo, la discreción laboriosa, una hormiguita del Señor. No se le escapa un nombre en las intenciones de misa, ni una página en los libros litúrgicos. Trabaja en lo escondido, como María en Nazaret, sabiendo que lo pequeño hecho con amor es más grande que todo. Su humildad es su corona, su constancia es su himno.

Lola, por su parte, es sonrisa y simpatía. Su presencia da calor a la sacristía como un rayo de sol en la mañana. Ella es quien acoge a todos con palabras sencillas y verdaderas, quien anota intenciones de misa, novenas, triduos y acciones de gracias con la minuciosidad de quien sabe que cada devoción es un acto de amor. Tiene un don natural para llegar a los jóvenes, y una sabiduría discreta para gestionar los donativos con responsabilidad, equidad y sentido pastoral. Todo lo que hace, lo hace con gracia... y con gracia de Dios.

Las cuatro —Piedad, Guadalupe, Araceli y Lola— son ejemplo de lo que significa cuidar la Casa del Señor como quien cuida su propio hogar. Tres de ellas, viudas, han convertido su soledad en ofrenda, sirviendo a Jesús como único Esposo. La cuarta,

esposa y madre, ha abierto su vida al tiempo de Dios con el consentimiento generoso de su familia. A todas, nuestra más sincera admiración.

Hoy les imponemos con gozo “El Sambenito”, que aquí no es estigma, sino estandarte de luz. Porque quien limpia el altar, ya camina por las moradas del cielo. ¡Vivan las sacristanas! ¡Y que su entrega sea faro para todos!

Oración por nuestras sacristanas

Señor Jesús,

Tú que entraste en el templo con respeto y con celo por la Casa de tu Padre, mira hoy con amor a estas mujeres que te han servido en el silencio, con manos generosas y corazones fieles.

Te damos gracias por **Piedad**, por su memoria viva de la liturgia, por sus manos que preparan el altar y sus pasos que llegan siempre antes que todos. Gracias por su amor a cada detalle, por su constancia en las campanas que llaman a la vida... y despiden a los nuestros.

Te damos gracias por **Guadalupe**, por su juventud entregada, por su fuerza puesta al servicio del Evangelio, por su capacidad de estar en todo, por su prontitud, por ese corazón laborioso que embellece cada gesto con ternura.

Te damos gracias por **Araceli**, por su humildad que edifica, por su oración callada, por su fidelidad a los difuntos y a los vivos, por su labor discreta que Tú bien conoces y premias en lo secreto.

Te damos gracias por **Lola**, por su alegría contagiosa, por su acogida sincera, por su don para servir y para llegar al corazón de quienes se acercan. Por su sabiduría para administrar con justicia y amor los bienes del pueblo.

Bendícelas, Señor, como solo Tú sabes bendecir: con paz en el alma, con gozo profundo y con la certeza de que su trabajo no es en vano.

Y cuando lleguen a tu Presencia, abre para ellas las puertas del templo eterno, y deja que escuchen, como recompensa, tus palabras dulces: **“Ven, sierva buena y fiel... entra en la alegría de tu Señor.”**

Amén.